

Me llamo Nicolasillo, creo que tengo 13 años aunque perdí la cuenta hace mucho. Suficiente que digo algún número ya que no sé contar muy bien y no sé cuando es mi cumpleaños. Mis padres nunca me lo dijeron porque nunca supieron contar.

Mi padre era zapatero aunque nunca tuvo muchos clientes por sus meteduras de pata en cuanto a su oficio. Eso le obligaba a mendigar y a robar de vez en cuando para criarme a mí y cuidar a mi madre. No le costaba mucho fingir heridas a la hora de mendigar por que el solo se las hacia cuando remendaba zapatos. Mi madre es bellísima. Siempre me protegió de los enfados de mi padre con su trabajo, con su persona y con el mundo. Ella intentaba ocultar su trabajo como prostituta con el de panadera. Ella siempre me quiso más que mi padre hasta que murió de un empujón por parte de mi padre que la hizo precipitarse a través de un pozo. Mi padre me echo la culpa a mí después de todo, eso me hizo pasar una temporada que día tras día intento olvidar y que es demasiado triste para ser contada. Por suerte mi padre murió hace un año o dos.

Ahora llevo una vida de pícaro. Intento huir hacia lo positivo siempre que puedo pero no siempre puedo ocultar mis desgracias. Hoy he conseguido comer algo más interesante que otros días pero tampoco es algo muy especial. Se trata de unas migas de pastel que otro ladrón tiró al suelo nada más hacer un intento de robo en la casa del noble que vive en la esquina de la Plaza Mayor de Valladolid. Tuve que darme prisa ya que varios animales de la zona me hacían competencia. Al final quedó algo para mí. Esto es lo que pasa si tengo suerte. Cuando no tengo suerte apenas consigo el corazón de una manzana y un cacho de pan. No tengo más bienes. Mi madre quería que estudiara pero como no la hice mucho caso y por mi vaguería me veis así. Así hasta que algo mejor que la suerte me despierte o que la mala suerte me empuje a un pozo sin fondo en el que no tendré suficiente tiempo para pensar en lo que es mi vida.